

TRES PADRES CISTERCIENSES NOS HABLAN DEL CIELO

BERNARDO-ELREDO-GUILLERMO

Bernardo Olivera, OCSO¹

Introducción

En este artículo me propongo algo muy simple y sencillo, lo que no quiere decir “tonto y superficial”. Todo lo contrario, se trata del objeto último de nuestra esperanza, el cumplimiento pleno de las promesas de Dios. Pero quiero estar al alcance de tantas ancianas y ancianos de nuestros monasterios que nos han transmitido la vida monástica con su ejemplo y dedicación, y no tanto con su palabra y predicación. Quizás, lo que dice san Bernardo de Claraval en un sermón sobre el *Cantar*, explique mejor mi intención:

Sepan los que casi vuelan por la agudeza de su ingenio, y sin conocer bien el principio de un sermón quieren ya saber el final, que yo me

¹ El Autor fue Abad General de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, y abad (actualmente emérito) del Monasterio Nuestra Señora de los Ángeles, Azul, Buenos Aires, Argentina.

debo, y especialmente, a los más lentos; y que mi intención no es tanto explicar el sentido de las palabras como enfervorizar los corazones (SC 16:1).

El tema del Cielo o Vida Eterna se ubica en el conjunto de la Escatología y es el resultado del Juicio personal o individual, contextualizado en el Juicio final o escatológico.

La Escatología es una disciplina teológica que estudia del futuro en cuanto cumplimiento definitivo del individuo, de toda la humanidad y de todo lo creado. Un futuro que obra en el presente, en cuanto “ya pero todavía no”, en la persona de Jesucristo, Señor glorioso y resucitado. En este sentido, la Escatología es: *el evangelio de la autorrevelación de Dios como consumidor de su creación* (G. L. Müller). O, más ampliamente, es Dios como última “realidad” de la creación:

Él es, en cuanto ganado, cielo; como perdido, infierno; como examinador, juicio; como purificador, purgatorio. Él es Aquel en el que lo finito muere y a través del cual resucita hacia Él y en Él. Pero Él es tal como se ha dirigido al mundo, a saber, en su Hijo Jesucristo, que es la manifestación de Dios y, por ende, la cifra y síntesis de las “últimas cosas” (H. U. von Balthasar).

La escatología estudia: la muerte, la parusía, la resurrección de los muertos, la transfiguración del cosmos o “nuevos cielos y nueva tierra”, el juicio personal y universal, la vida eterna o cielo, el infierno o muerte eterna, el purgatorio. En fin, de manera reductiva, todo aquello que en el catecismo llamábamos: “postrimerías”. Y, por si fuera poco, podríamos también agregar, como tema de estudio: la esperanza del cumplimiento último de las promesas divinas, lo cual incide y motiva el hoy de nuestras vidas.

Hay otros temas adicionales que suelen también incluirse en el temario escatológico. Me refiero, por ejemplo, a: la reencarnación, el espiritismo y las “almas errantes”. En síntesis:

Escatología consumada	Escatología incoada	Situaciones particulares
• Parusía	• Muerte	• Reencarnación
• Resurrección	• Juicio particular	• Espiritismo
• Juicio final	• Escatología intermedia	• “Almas errantes”
• Vida eterna-Cielo	• Purgatorio	
• Muerte eterna		

Dato bíblico

Jesús emplea varias imágenes para referirse a la realidad última y escatológica. Dos de ellas son especialmente elocuentes: *banquete mesiánico* y *convite nupcial* (Mt 22,1-10; 25,1-10; Lc 12,35-38; 13,28 ss.; 14,16-24); esas imágenes ya se encontraban en el profetismo del AT. La experiencia enseña que la *sexualidad* y la *nutrición* son las realidades que más inmediatamente se asocian con la *vida*.

El concepto de *Vida eterna* es clave en el Evangelio de Juan. Si bien ya había aparecido en los Sinópticos (Mc 9,43-48; 10,17. 30; Mt 25,34. 46), el cuarto Evangelio lo utiliza como algo que atraviesa todo su texto: implica un nuevo nacimiento, es participación en la Vida de Dios y ya podemos tenerla desde ahora (“Escatología realizada”). Esta Vida eterna anticipada consiste en *conocer* a

Jesucristo y al Padre: conocimiento y amor conjugados (Jn 10,10-14; cf. 1 Jn 1,1-2).

El conocimiento que podamos tener de Dios en esta vida es siempre parcial e imperfecto, pero en la otra vida: “Cuando venga **lo perfecto**, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces **veremos cara a cara**. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces **conoceré como soy conocido** (1 Co 13,10-12)”.

El mutuo conocimiento, del cual habla Pablo, tiene un fundamento: nuestra semejanza con Él. He aquí como se expresa el Presbítero, autor de la primera Carta de Juan: “Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que, cuando se **manifieste**, seremos **semejantes a Él**, porque **le veremos tal cual es**” (1 Jn 3,2).

La **participación** en el Ser de Dios constituye el **ver** a Dios o tener **Vida** eterna, y ambas realidades se nos dan **en** Cristo. Por eso, podemos designar el estado escatológico, simplemente como: **Estar con el Señor**. Y esto es algo muy común en el NT. Sobre todo, en san Pablo: la consumación final, consiste en **estar con/en Cristo**: 1 Ts 4,17; 2 Co 5,8; Flp 1,23.

Lo precedente, desemboca en las fórmulas joánicas, tales como: “Padre, quiero que donde yo **esté, estén** también conmigo los que me has dado” (Jn 17,24). “Volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo **esté, estén** también ustedes” (Jn 14,3).

Tradición monástica

Los monjes de todas las épocas y geografías hemos sentido siempre una peculiar atracción por lo último y definitivo. Es parte constitutiva de nuestra vocación. Recordemos el deseo que expresa **san Benito** hacia el final de su *Regla*: “El cual (Cristo) nos lleve a todos juntos a la Vida eterna” (RB 72,12). Siempre he considerado estas palabras como una oración jaculatoria escatológica, propia de una comunidad que peregrina y se le indica la meta a alcanzar, la Vida eterna. La cual es, según el santo Patriarca:

- El motivo para entrar al monasterio (Prólogo, 5. 17. 42).
- La meta de la ascesis gradual de la humildad (RB 7,5. 9. 11).
- El fin de nuestros deseos: desear la vida eterna con toda concupiscencia espiritual (RB 4,46).
- El objetivo de nuestra obediencia (RB 5,3. 10).
- La finalidad de la puesta en práctica de la *Regla* (RB 73,8) y del buen celo (RB 72,2. 12).

Muy acertadamente, un profundo conocedor del monacato medieval y de sus días, no vaciló en afirmar que: “El contenido de la cultura monástica ha aparecido como simbolizado, sintetizado, por estas dos palabras, gramática y escatología” (J. Leclercq, *Cultura y Vida Cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1965, p. 71).

Vamos a escuchar ahora a Bernardo de Claraval, Elredo de Rieval y Guillermo de Saint Thierry: ellos tienen algo de sumo interés para compartírnos respecto al cielo.

San Bernardo de Claraval

Muchos temas y símbolos bernardianos se refieren, de alguna manera, al cielo. Pensemos, como simples ejemplos: la *Peregrinación*, las *Tiendas de Kedar*, la *Nostalgia*, la *Ciudad del Gran Rey*, la *Jerusalén celestial*, el *Reino*, la *Patria*... En este contexto se comprende la importancia que tiene para san Bernardo la fiesta de la *Ascensión* de Jesús a los cielos.

Los *Sermones diversos (Div)* de san Bernardo de Claraval, tal y como indica su título, son muy diversos, pero todos tienen, en la mente de su autor, un fin único: Formar bien a sus monjes, y hacerles comprender la grandeza del hombre. Esto significa: vivir a la escucha de la Palabra y dejarse formar por ella, lo cual trae implicado una exigencia: convertirse.

Estos sermones nacieron de la vida y son para la vida. Veamos uno de ellos. Ilustra muy bien el tema que ahora nos interesa: el cielo.

El sermón 42 de *Diversis* se sintetiza en este título: *Cinco negocios y cinco regiones*. Todo comienza con esta premisa: *Date cuenta de que el género humano, desde la salida del sol hasta el ocaso recorre los mercados de este mundo, unos buscando riquezas, otros deseando honores, otros arrastrados por la suavidad de la brisa de la fama* (42,3). A partir de aquí, el Abad de Claraval invita a sus monjes a negociar durante esta vida, para poder alcanzar la eterna. El primer territorio en el que hay que negociar es el país de la *desemejanza*; el segundo el del *paraíso claustral*; el tercero el de la *expiación*; el cuarto el país del *infierno*; el quinto el del *paraíso supercelestial*. En definitiva, se trata de asumir el mandato del Señor: *Negociad mientras vuelvo* (Lc 19,13). Negociemos, entonces, en la *región del paraíso*...

*Div 42,7: «La quinta **región** es el paraíso **supercelestial**. ¡Oh bienaventurado país de las más elevadas virtudes, en el que la Santísima Trinidad es vista cara a cara por los santos (1 Co 13,12); allí, aquellos sublimes ejércitos, con un sublime aplauso de sus alas, no cesan de aclamar: “¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos!” (Is 6,3).*

*¡Oh **lugar** de alegría (Gn 2,10) en el que los santos beben de un torrente de delicias (Sal 35,9); **lugar** esplendoroso, donde los justos brillan como el sol (Mt 13,43; Dn 12,13); **lugar** de alegría, donde la alegría perpetua baña sus rostros (Is 35,10); **lugar** de abundancia, en el que nada les falta a los que le ven a Él; **lugar** de dulzura donde Dios se muestra cariñoso con todos (Sal 144,9); **lugar** de paz, pues su morada es el lugar de la paz (Sal 75,3); **lugar** de admiración, en el que sus obras son maravillosas (Sal 138,14); **lugar** de saciedad, donde nos saciaremos cuando aparezca su gloria (Sal 16,15); **lugar** de la visión (Gn 22,2), donde se verá un espectáculo admirable (Ex 3,3).*

*¡Oh **región** sublime, rebosante de riquezas! A ti suspiramos desde este valle de lágrimas (Sal 83,7); allí resplandecerá la **sabiduría** sin ignorancia, el **recuerdo** sin olvido, el **conocimiento** sin error, la **razón** sin oscuridad. País en el que el Señor, pasando, servirá a sus elegidos (Lc 12,37), es decir, se **mostrará tal cual es** (1 Jn 3,2). Allí el Señor lo será **todo para todos** (1 Co 15,28), allí la universalidad de las cosas dará gloria al Creador y alegría a la criatura».*

En este breve texto encontramos nada menos que 15 citas bíblicas. La Palabra de Dios es rectora y maestra de vida, la teología monástica jamás lo ha olvidado; san Bernardo, menos aún.

El lado opuesto del cielo es el *infierno*, la descripción del mismo no tiene desperdicio (*Div 42,5*); interesante, de igual modo, la concepción bernardiana del purgatorio (*Div 42,5*).

La descripción del *cielo* es múltiple, cada una de ellas está precedida por un *locus* (lugar) encerrados todos en una “inclusión” mediante el término *regio* (región).

El *lugar* del *paraíso supercelestial*, será para los elegidos, un lugar de: *alegría, abundancia, dulzura, paz, admiración, saciedad, visión, sabiduría-recuerdo-conocimiento* (= plenitud de las facultades del alma: voluntad-afecto, memoria, razón), *¡allí el Señor se mostrará tal cual es! ¿Qué más se puede pedir?* Nada, pues no hay nada que lo supere. Se trata de una región *supercelestial* en la que Dios se revela *tal cual es* (1 Jn 3,2) y será *todo para todos* (1 Co 15,28). *¡Así es el Cielo que nos espera, allí el Señor nos ha preparado un lugar!*

Los que sean juzgados dignos de esta *plenitud* y de esta *visión*, exclamarán en el colmo del éxtasis:

“**¡Oh** mediodía verdadero, plenitud de calor y de luz, mansión del sol, exterminio de las sombras, secante de las lagunas, expulsión de las impurezas! **¡Oh** solsticio perenne cuando el *día ya nunca irá de caída!* (Lc 24,29). **¡Oh** luz meridiana, **oh** temperatura primaveral, **oh** hermosura estival, **oh** abundancia otoñal, y, –para que no dé la impresión de que me olvido de algo–, **oh descanso** y **fiesta invernal!**” (SC², 33,6).

En este texto poético y lírico, comentando el *Cantar* (1,7), san Bernardo se vale del lenguaje de la *visión*, el *descanso* y la *fiesta* eternos del y en el Cristo Glorioso. Los diferentes símbolos climatológicos de las cuatro estaciones podrían también indicar la conversión o transfiguración de este mundo en cielos y tierra nuevos.

² SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*.

Elredo de Rieval

El Abad de Rieval, Elredo, fue considerado como el “Bernardo del Norte”, “Semejante y casi igual a Bernardo”. Es conocido como el “doctor de la amistad”. Título bien merecido, pues siempre fue amigo discreto, pensador y escritor creativo sobre esta forma eximia de caridad. La doctrina y la práctica de la amistad, según Elredo, se inserta en un marco mayor: su enseñanza sobre la caridad. Su obra de fondo, el *Espejo de la Caridad*, concluye, precisamente, abriendo la caridad hacia la amistad. Estas dos obras, el *Espejo* y la *Amistad espiritual*, son fundamentales para entender a nuestro santo Abad. Pero no agotan su comunicación literaria y experiencia espiritual.

Desde el punto de vista de la espiritualidad cristiana y monástica habría también que incluir estos tres tratados: *Cuando Jesús tenía doce años*, *Vida reclusa*, y *Sobre el alma*; a lo cual se podría muy bien agregar la *Oración pastoral*.

Para lo que me he propuesto, bastará presentar dos textos de muy diferente índole. El primero de ellos está destinado a ayudar en la vida de oración a su hermana, monja *reclusa*, en este tipo de vida poco institucionalizado. Al ofrecerle unas *semillas de contemplación*, le habla también de lo que Dios tiene preparado para los que le aman.

Inst³ 178. No podemos imaginarnos qué es ese **Reino**, y mucho menos hablar o escribir de él. Sólo sé que **no faltará allí nada de lo que quieras que haya; ni habrá nada que no desees que esté** (cf. san Anselmo). Por eso, allí no habrá luto, ni llanto, ni dolor, ni temor, ni

³ ELREDO DE RIEVAL, *De institutis inclusarum*.

tristeza, ni discordia, ni envidia, ni tribulación; ni tentación, ni cambios o alteraciones atmosféricas; ni sospechas, ni ambición, ni adulación, ni detracción, ni enfermedad, ni vejez, ni muerte, ni pobreza, ni tinieblas; no existirá necesidad alguna de comer, ni de beber, ni de dormir; ninguna fatiga, ninguna debilidad.

179. ¿En qué consiste ese bien? Donde no hay luto, ni llanto, ni dolor, ni tristeza ¿qué puede haber sino una **perfecta alegría**? Donde no hay ninguna tribulación o tentación, ningún cambio de tiempo o alteración atmosférica, ni verano abrasador, ni invierno riguroso ¿qué puede darse, sino la **perfecta templanza** de todas las cosas y la **perfecta y verdadera tranquilidad** de alma y cuerpo? Donde no hay nada que temer ¿qué puede existir sino la **suma seguridad**? Donde no hay ninguna discordia ni envidia, ninguna sospecha ni ambición, ninguna adulación ni detracción ¿qué puede haber sino un **amor pleno y verdadero**? Donde no se halla la pobreza ni la ambición ¿qué puede existir sino la **plenitud de todos los bienes**? Donde no hay ninguna deformidad ¿qué puede ser sino la **verdadera belleza**? Donde no hay trabajo ni debilidades ¿qué habrá sino **reposo perfecto** y **fortaleza**? Donde no hay nada gravoso ni pesado, ¿qué hay sino **perfecta facilidad**? Donde no se espera la vejez, ni se teme la enfermedad ¿qué puede existir sino la **salud completa**? Donde no hay noche ni tinieblas ¿qué habrá sino **luz esplendorosa**? Donde la muerte y toda condición mortal son devoradas ¿qué habrá sino **vida eterna**?

180. ¿Podemos desear algo más? Sin duda, lo que supera a todo eso: la **visión**, el **conocimiento**, el **amor** del Creador. Se le **verá en sí**, se le verá **en todas sus criaturas**, **rigiendo** a todas con paz, sosteniendo a todas sin esfuerzo; comunicándose y en cierto modo **dándose** a cada una según su capacidad, pero sin disminuirse ni dividirse. Veremos el rostro amable y deseable que los ángeles ansían contemplar (1 P 1,1-2). ¿Y quién puede expresar su belleza, su esplendor, su suavidad? Veremos al Padre en el Hijo, al Hijo en el Padre y al Espíritu Santo en ambos. **Veremos** y no como en un espejo y en enigma, **sino cara a cara** (1 Co 13,12). Se le verá **tal como es** (1 Jn 3,2), cumpliéndose la promesa que dice: “El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me

manifestaré a él” (Jn 14,21). De esa **visión** se deriva aquel conocimiento del cual él mismo dice: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3).

181. De todo esto nace tanto amor, tanto ardor de tierno amor, tanta dulzura de caridad, tanta abundancia de gozo, tanta vehemencia de deseo, que **ni la saciedad disminuye el deseo, ni el deseo impide a la saciedad.** ¿Qué es esto? Ciertamente lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió, lo que Dios preparó para quienes lo aman (1 Co 2,9).

Elredo se acerca al misterio del Cielo con la ayuda del *Proslogion* de san Anselmo, enumera así todo lo que podemos *querer encontrar* en él y lo que *queremos descartar*; subraya la verdadera y plena *tranquilidad* o *reposeo* y la *vida eterna* en oposición a la muerte.

Pero hay más que todo eso. Allí *veremos* a Dios, Uno y Trino, *cara a cara, tal cual es*, en *sí mismo* y en todas las criaturas.

Esta *visión* traerá hondas y perdurables consecuencias: el *amor*, el *deseo* y el *gozo* serán infinitos, pero la *saciedad no disminuirá* el deseo, ni el *deseo impedirá la saciedad*. Así será el abrazo de su hermana reclusa con su Esposo y podrá decir eterna y de manera siempre nueva: mi amado *es para mí y yo para él* (Ct 2,16). Con estas palabras, Elredo se prepara para concluir su libro (182).

Veamos ahora el segundo texto. Se trata de su última obra, su canto de cisne. Este tratado *sobre el Alma* suministra la base antropológica a su obra maestra, el *Espejo de la Caridad*. Y aún más, fundamenta toda la obra escrita y oral del Abad de Rieval.

Poco antes de concluir esta obra, aludiendo a la visión que tuvo san Benito, en la que *vio en un solo rayo de sol todo el mundo reunido*,

Elredo formula una pregunta: *¿qué podrá estar oculto a los santos, que gozan de aquella inmensidad de la divina luz?* Y responde:

Anima III:51. ... Por tanto, nos ven en aquello en que vivimos, nos movemos y somos; allí nos **oyen**, allí **atienden** a lo que deseamos, allí **miran** lo que necesitamos, y no faltan tampoco allí donde los ángeles presentan al Señor nuestras peticiones. Por consiguiente, honremos a los santos con la devoción que podamos, y alabemos, glorifiquemos y contemplemos en lo posible su **felicidad**; imitemos sus costumbres, deseemos su compañía, pues a ellos les ha sido dado nuestro **cuidado** y con tanta devoción **oran** por nosotros, cuanto saben que no pueden **consumarse** sin nosotros.

El doctor de la amistad universal, como forma eximia de caridad, no podía concluir su última y póstuma obra de otra manera: la comunión de los santos, la íntima relación entre la Iglesia triunfante y la Iglesia peregrina. La *felicidad* que a ellos los embarga, no impide que nos atiendan, cuiden y oren por nosotros. ¡En el Cielo, *ven* con claridad, lo que aquí abajo necesitamos!

Guillermo de Saint Thierry

El Abad benedictino de Saint Thierry y, posteriormente, monje cisterciense en Signy, es el teólogo por excelencia del amor místico y Trinitario. No es raro, entonces, que la experiencia de la *visión* de Dios, *tal cual es*, Uno y Trino, sea uno de sus temas privilegiados, aquí-ahora y en la Vida eterna.

La búsqueda del Rostro de Dios es para Guillermo el deseo profundo de un conocimiento íntimo del Misterio de Dios, una

captación de su presencia y una participación, por afecto y amor, en la vida del Padre y del Hijo en la comunión del Espíritu Santo.

Vamos a consultar dos textos. El primero está tomado de sus *Oraciones meditadas* (6). Guillermo nos enseña así a meditar, orar y contemplar. Por eso, en su *Carta de Oro* a los hermanos cartujos de *Mont-Dieu*, afirmaba: *He escrito... unas meditaciones que sin duda han de ser útiles para formar a los novicios en la práctica de la oración* (Dedicatoria, 9).

Med Orat⁴, 6:1. Vi una puerta abierta en el cielo, dice san Juan, y la primera voz que oí era como de trompeta que me decía: sube aquí (Ap 4,1). (...)

3. Tengo entendido que allí no existen los males que aquí padecemos. No hay mañanas ni tardes, mañanas de alegría fugaz y tardes de llanto perenne. Ya sabes cuánto me agradecería librarme de todo esto, pues allí arriba sólo existe un día, y **festivo**, por la continua **gloria de tu visión**, y libre de cuanto pudiera perturbar la **fiesta de tu rostro**.

4. Tengo entendido que allí no llegan el fuego, ni el granizo, ni la nieve, ni los hielos, ni los vientos huracanados que cumplen tu palabra para afligirnos (Sal 148,8), y se precipitan con frecuencia sobre nosotros. Allí no hay muerte alguna, ni corrupción de cuerpos o de vidas, se excluye cualquier peste de tribulaciones. Allí sólo existe **una virtud, una felicidad, un gozo: tu caridad que se deleita en su bien sin miedo a perderlo**.

5. Tengo entendido que es célebre aquel **día festivo** por las **alegrías** y **alabanzas** de los ángeles, glorioso por la corona de los apóstoles, de los mártires y de todos los justos que te agradaron desde el comienzo del mundo.

⁴ GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Meditativae orationes*.

La misma **Iglesia**, allí reunida, ha fijado para siempre las tiendas con motivo de este **día festivo**. Y si cuando vemos aquí en la tierra a dos o más reunidos en tu nombre y tú en medio de ellos (Mt 18,20), tan excelente y alegre es su convivencia saturada del ungüento del Espíritu Santo que todos reconocen que *tú envías allí la bendición* (Sal 132,1-3), ¿cuánto más aquel **lugar donde has reunido a tus santos** que conservaron tu alianza sobre todos los sacrificios y que, **transformados ellos mismos en cielos**, anuncian tu justicia? (Sal 49,5-6).

11. Señor Jesús, si tú estás en el Padre y el Padre en ti, ¡oh suma e indivisible Trinidad!, eres para ti mismo tu lugar; tú eres el cielo para ti mismo. Como no recibes nada de nadie, tampoco necesitas lugar alguno donde puedas subsistir, sino de ti mismo y en ti mismo. Mas cuando tú habitas en nosotros, **somos realmente tu cielo**; no un cielo que te sostenga para que habites en él, sino el que tú sustentas para que sea habitable. **Eres también nuestro cielo** al que debemos llegar para vivir en él. A mi juicio, pues, **el cielo consiste en nuestra mansión en ti o tu mansión en nosotros**. Mas para ti el cielo de tu cielo (Sal 113,24) es tu misma eternidad, por la que eres lo que eres en ti mismo: el Padre en el Hijo, el Hijo en el Padre y la unidad por la que el Padre y el Hijo sois uno, es decir, el Espíritu Santo, que no proviene de algo extraño a vosotros y se coloca entre los dos, sino que existe en una misma coesencia.

Guillermo habla con el Señor Jesús... y así va “rumiando” y orando... El fin bienaventurado es presentado con el símbolo de una *mansión*, la realidad es la *mutua inhabitación*.

Más aún, es presentado como un *día de fiesta* debido a la *visión del rostro* de Dios, por eso puede hablar de la *fiesta del rostro*. Como en toda fiesta divina, allí abunda el *gozo* de la *inadmisibile caridad* de Dios, y la reunión de *todos los santos* convertidos en *cielo de Dios*, y nosotros también.

Por otra parte, el *cielo de Dios* consiste en: la unidad de *naturaleza* (*coesencia*) y trinidad relacional de *Personas*.

El segundo texto lo tomo de una obra más circunstancial y, hay también que decir, sublime y de más compleja lectura: el *Enigma de la Fe*. Fue compuesta cuando Guillermo había ya alcanzado una “altura” humana y espiritual envidiable. Exponiendo el misterio de la Santísima Trinidad, deja ver sus propios deseos y anhelos. El monje de Signy puso en esta obra toda su inteligencia y, sobre todo, su corazón.

Guillermo constata que, más allá de todo progreso en esta vida, hay una perfección de visión cara a cara... que está reservada para la otra Vida. Por este motivo, describe lo que allí acontecerá.

AenigFid⁵ 3 (...) Nadie diga que quiere ver a Dios si no se aplica a limpiar su corazón con el cuidado que merece tan digno objeto. Nadie puede ver a Dios y vivir (Ex 33,20), pues el espíritu que es asumido por lo inefable de **aquella visión**, debe necesariamente separarse de esta vida. Ya que **aquella visión**, prometida en el futuro, es para **otra y mejor vida**, que ya está incoada aquí en muchos hijos de la gracia (Ef 1,5-6).

5. (...) Pues **allí**, así como en la Trinidad, que es Dios, mutuamente se miran el Padre y el Hijo, y esta mutua mirada constituye la unidad de ambos, de modo que lo que es uno es el otro; así, quienes a esto están predestinados y a esto fueren elevados, **verán a Dios tal cual es** y por esta **visión** serán como él es, semejantes a él. Como en el Padre y el Hijo la misma **visión** mutua constituye la unidad de ambos, así, entre Dios y el hombre **la visión y la semejanza** serán lo mismo. El Espíritu Santo es la unidad del Padre y del Hijo, y también la caridad y la semejanza entre Dios y el hombre (cf. 6-8; 11; 20-21).

⁵ GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Aenigma fidei*.

37. (...) El tercer escalón es el de la gracia iluminante y beatificante. Corona la fe, o mejor aún, la beatifica, transformándola en amor, y la hace pasar de la fe a la **visión**, porque inicia un conocimiento que no es ya el de la fe, el cual comienza en la tierra con la fe en el fiel: es aquella **visión** de la que el Apóstol dice: ‘Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido’ (1 Co 13,12). Es aquella **visión** que la caridad perfecta inicia en esta vida para perfeccionarla en la **vida futura** (cf. 39).

77. (...) En la **vida futura** te verán y gozarán de ti los que aquí se hayan hecho dignos de ello por la fe (1 Co 13,12; 1 Jn 3,2). Te **verán** cara a cara tal cual eres y, viéndote, llegarán a ser lo que tú eres. Esa es la promesa de Juan, tu apóstol querido: ‘Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es’ (1 Jn 3,2). Los que entonces te **vean** no mentirán ni se equivocarán más. Su **visión** ya no será oscura ni sus pensamientos discurrirán de unos a otros, yendo y viniendo, pues toda su ciencia, que no será otra que la tuya, oh Dios de Verdad, simultáneamente la adquirirán de una mirada. La **visión** de esta **contemplación**, o la **contemplación** de esta **visión**, no pasará del Padre al Hijo, del Hijo al Espíritu Santo. No se dividirá en tres ni se concentrará en una sola Persona, sino que, en una **feliz perpetuidad** y en una **perpetuidad feliz**, ya no buscarán más, sino que gozarán **contemplándote** como único y verdadero Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, viviente por los siglos de los siglos.

Este texto presenta y desarrolla la representación preferida de Guillermo respecto a la bienaventuranza eterna: la *visión* de Dios. Presupuesta la necesaria purificación, señala las principales características de ella, ante todo: supera ampliamente y es diferente a cualquier visión del Señor que podamos tener en esta vida mortal.

Esta visión de Dios *tal como Él es*, se basa y lleva a plenitud nuestra *semejanza* con Él. Si aquí lo contemplamos en la *fe*, allí lo contemplaremos en la *caridad*. La felicidad alcanzada será perpetua, por eso, allí seremos *eternamente felices*.

La dimensión trinitaria y la *visión* mediante el amor que asemeja más y más es preponderante en Guillermo de Saint Thierry.

Conclusión

¿Qué nos espera en el Cielo? En pocas palabras, sintéticas y sustanciales: la visión de Dios, tal cual es, que nos asemejará con Él, que nos divinizará. Y esto será así, porque seremos todos hermanos e hijos en su Hijo único que se hizo hombre, murió y resucitó por nosotros. Todo esto en forma siempre creciente y plena.

Las verdades de nuestra fe cristiana nos *informan* sobre aquello que supera nuestra razón, son reveladas. Pero esto no es todo, hay más aún. Las verdades reveladas son *informativas* y *performativas*, es decir: *reforman* nuestra *deformidad* y nos *conforman* según lo que revelan. ¿Juego de palabras? No. Pero dejamos que lo explique un anciano que sabía, porque saboreaba, lo que decía:

Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una “buena noticia”, una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva (Benedicto XVI, *Spe salvi* 2).

Monasterio Nuestra Señora de los Ángeles
C.C. 34 – B7300WAA Azul – Pcia. de Bs. As.
ARGENTINA